

Reseña

Paula Bruno, Martín García Mérou. *Vida intelectual y diplomática en las Américas*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2018.

Patricio Fontana¹

El interés de la historiadora Paula Bruno por las vidas no es reciente. Varios de los libros que publicó hasta ahora se enfocan, precisamente, en esa cuestión. Así, por ejemplo, ocurre con *Paul Groussac. Un estratega intelectual* (2005), con *Pioneros culturales de la Argentina: biografías de una época* (2011) y, entre otros más, con *Sociabilidades y vida cultural en Buenos Aires, 1860-1930* (2014), del que fue editora. Antes de que se hablara del *biographical turn* y de que los estudios del género biográfico desde perspectivas históricas, literarias o sociológicas fueran moneda corriente en la Argentina, Paula Bruno se ocupó de estas cuestiones. Al respecto, hace ya más de cinco años fundó la Red de Estudios Biográficos de América Latina (REBAL), que nuclea a investigadores latinoamericanos de diversas disciplinas interesados en distintas inflexiones de la escritura de vidas.

Este nuevo libro, consagrado a Martín García Mérou (1861-1905), no es ajeno a esos intereses. De hecho, ya en el título aparece la palabra *vida*. Por lo demás, al avanzar en la lectura del extenso estudio preliminar y de la muy

¹ **Patricio Fontana** es Doctor en Letras por la Universidad de Buenos Aires con una tesis sobre los usos de la biografía en Sarmiento, Alberdi y Juan María Gutiérrez. Docente de Literatura Argentina del siglo XIX en la Universidad de Buenos Aires e investigador del CONICET. Estudió además cine en el ENERC y da clases de historia del cine en la FUC. Ha publicado artículos en revistas académicas y volúmenes colectivos sobre cine y literatura argentinos. Con Claudia Roman realizó la traducción, el estudio preliminar y las notas de *Apuntes tomados durante algunos viajes rápidos por las Pampas y entre los Andes*, de Francis Bond Head (Santiago Arcos, 2007). Es autor de *El cine no fue siempre así* (en colaboración; Iamiqué, 2006) y de *Arlt va al cine* (Librería, 2009).

acertada antología se advierte que una noción central de ese título –la de *vida intelectual*– tiene aquí una valencia doble. Por un lado, porque en la primera parte se da cuenta prioritaria, aunque no exclusivamente, de la vida intelectual de García Mérou; es decir, de lo que este hombre pensó y escribió y, además, de las sociabilidades intelectuales de las que participó en la Argentina y en otros países. También, de cómo la vida intelectual de García Mérou estuvo inextricablemente ligada al hecho de que casi la totalidad de su adultez –desde los 20 años y hasta su muerte en Berlín en 1905– estuvo consagrada al ejercicio de la diplomacia. En esta biografía, en efecto, vida intelectual y vida diplomática se anudan y se explican o al menos una –la diplomática– es la que en buena medida permite la otra –la intelectual–. Pero a poco de empezar la lectura se advierte que aquello de *vida intelectual* no es tan solo una noción o una perspectiva para evaluar la producción de García Mérou que, en consecuencia, emparenta este libro con otros tantos que trabajan con ella –por ejemplo, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*, de Oscar Terán– sino que es además un término que usó el propio García Mérou de manera precursora; por ejemplo, en *Estudios literarios*, de 1884, alude –y Paula Bruno lo cita– a desmontar “el mecanismo de la vida intelectual” (12). De algún modo, este libro establece pues una relación doble con García Mérou: por un lado, se trata de repasar en su totalidad y ordenar –armar la ficción de– su vida intelectual; por otro, de volver a poner una vez más en práctica una labor que él también había realizado. Paula Bruno es así heredera de intereses intelectuales que el propio García Mérou tuvo en relación no solo con la Argentina sino además con otras naciones de América y aun en sentido continental o transnacional.

Al respecto, me interesa consignar que la noción de *vida intelectual* es, desde mi punto de vista, una que, al tiempo que resulta muy productiva, debe no obstante ser interrogada por quienes se interesan en ella. Por ejemplo: ¿en qué medida se puede, quirúrgica, asépticamente, separar lo intelectual de otros órdenes de la vida, ya sea que se trate de la vida de una persona o de un grupo de personas? ¿No es acaso inevitable que en una *biografía intelectual* se filtren otros órdenes de la vida que no califica ese adjetivo?

¿Puede una *biografía intelectual* ser solamente *intelectual*? Insisto, el concepto *vida intelectual* me parece sumamente productivo –y el estudio que aquí se comenta es testimonio de ello– pero al mismo tiempo me genera algún tipo de incertidumbre, de interrogación.

Paula Bruno, por tanto, forja en este estudio lo que más arriba llamé *la ficción de la vida intelectual de García Mérou*. Al respecto, me interesa consignar que afirmar esto no implica incurrir en una provocación textualista ni nada por el estilo. Cuando propongo que Paula Bruno urde la ficción de la vida intelectual de García Mérou no me refiero a que esta historiadora haga ficción en el sentido de imaginación, de mentira o de ilusión, y tampoco a que haga literatura, sino que me refiero a ficción en el sentido de ordenar, de tramar, de establecer relaciones. En efecto, lo que logra este libro –el estudio introductorio y la antología– es proponer un perfil completo de García Mérou y, al mismo tiempo, organizar su producción en tres “ejes” relacionados: miradas y estudios sobre las dinámicas culturales de las naciones latinoamericanas; el proyecto, realizado en parte, de cartografiar y periodizar la vida intelectual en la Argentina; y, por último, la voluntad de bosquejar la reconfiguración del espacio geopolítico americano hacia fines del XIX, con especial interés en los sitios que en él ocupaban Brasil y los Estados Unidos, y en qué rol podía tener la Argentina en ese nuevo mapa (cuestiones que, por lo demás, siguen siendo de absoluta actualidad). Además, y entiendo que esto es fundamental para Bruno aun desde el título, se vincula esa labor intelectual con una dinámica laboral (la del diplomático) de la que fue en buena medida resultado o que al menos la posibilitó en varios sentidos. La figura del diplomático es esencial aquí, pero no la de un diplomático “ocioso”, como el Miguel Cané que David Viñas delinea en las páginas de *Literatura argentina y realidad política*, sino de un diplomático activo, diligente, laborioso. Por lo demás, más allá de este caso concreto, este libro permite volver a pensar en la relación entre diplomacia y tarea intelectual, una relación que se extiende, por lo menos, y sin salir de lo vernáculo, de Juan Bautista Alberdi a Jorge Asís (el escritor que fue embajador en la UNESCO y en Portugal pero también el

que publicó, como resultado de esas experiencias con la diplomacia, una novela titulada *Excelencias de la nada*).

Entonces, lo que este libro hace es darle forma o postular al autor Martín García Mérou o, en otros términos, es convencernos de que es posible y necesario retirarlo de un uso instrumental y fragmentario de sus textos, que es lo que ha prevalecido en los últimos años o décadas, para leerlo de manera integral. También, este libro coloca a García Mérou en un sitio destacadísimo en el panorama intelectual de fin de siglo: por ejemplo, al considerarlo como eslabón entre algunos intelectuales centrales para entender la cultura letrada en la Argentina y el esfuerzo por cartografiarla. En relación con esto, en las “Consideraciones finales” del estudio preliminar, Bruno propone colocar o volver a colocar a García Mérou entre Juan María Gutiérrez, sin dudas el primer practicante sistemático de la historia y de la crítica literarias en la Argentina, y el José Ingenieros de *La evolución de las ideas argentinas* o el Ricardo Rojas de la *Historia de la literatura argentina*.

En este sentido, lo fundamental de un libro como este –de una apuesta editorial como esta– es persuadir de la existencia de un autor, es convencer al lector, con un énfasis que en otras instancias podrá, o no, cuestionarse, de que es necesario demorarse en García Mérou y dejar de pensarlo tan solo como discípulo o repetidor de Cané, o como alguien que muy ocasionalmente escribió algún texto imprescindible para entender alguna zona de la literatura argentina (por ejemplo, la *recepción culta* de las novelas populares de Eduardo Gutiérrez) pero que no merece ser leído con cierta sistematicidad o constancia. Esta operación de autorización de García Mérou implica hacer énfasis en algo que o ya se advirtió pero es necesario recordar o que no había sido advertido hasta ahora: el *carácter diferencial* de su producción, el hecho de que su producción no es más –o, peor, menos– de lo mismo (lo contrario de lo que sostiene Viñas en *De Sarmiento a Dios. Viajeros argentinos a USA*). Esto se consigna implícitamente una y otra vez a lo largo del texto liminar y, sobre el final de ese trabajo, de manera directa y casi con esas mismas palabras: “su perfil se diferencia de otros más estudiados” (51) o “se distancia de los climas más corales” (55). De lo que se trata, pues, es de

leer en García Mérou esa diferencia, ese no formar parte del “coro” o de lo más o menos consensuado. García Mérou, se dice en este libro una y otra vez, no es el *repetidor* o el *mero consumidor de lo canonizado*, para usar dos términos despectivos que acuñó algo maliciosamente Viñas.

Lo anterior se verifica en varias partes del prólogo. Por ejemplo, en el hecho, que Paula Bruno remarca, de que la posición de García Mérou ante el ejercicio de la tarea intelectual fue alguna vez, también, como en varios de sus contemporáneos, la del “lamento” (y esto aparece en ciertas zonas de *Recuerdos literarios*), pero que además supo tomar distancia irónica de esa posición, supo reconocer en ella menos un diagnóstico acertado que un tic o una tara de los letrados latinoamericanos: lo que García Mérou llama “la eterna lamentación que arranca a todo cultor de las letras sudamericanas” (27). Otro lugar donde se advierte la insistencia en una cierta singularidad de García Mérou es cuando Paula Bruno deslinda una posición ante los Estados Unidos –ante su belicismo, ante sus ambiciones imperiales, ante su culto a la materia– que no es exactamente aquella que “devino predominante entre intelectuales de varios países latinoamericanos”: la del “rechazo” o la de la “alarma” (36-48). Y, a propósito de esto –la posición ante los Estados Unidos–, también en la insistencia en discernir matices, en demostrar que García Mérou no es siempre el mismo (“los matices caracterizan al escritor de raza”, afirma García Mérou sobre Nicolás Avellaneda en uno de los textos de la antología): así, si bien hay continuidad no es el mismo el García Mérou que escribe sobre Estados Unidos, para *La Nación*, al “calor de la coyuntura”, que el de “carácter más reflexivo” de *Historia de la diplomacia americana* (43). Darle forma a un autor –postular que en una serie de textos se discierne un autor– involucra no solo establecer diferencias entre ese escritor y sus contemporáneos –aislarlo del coro, de lo adocenado– sino además saber informar las constantes, las variaciones y las diferencias en el interior de esa producción. Eso también es un autor: una homogeneidad con puntos de fuga o una heterogeneidad no del todo caótica o en buena medida sistematizable.

Una cuestión prioritaria para la consideración de García Mérou como alguien que amerita ser leído integralmente, por separado, de manera

sistemática, y aun de ser antologado (el derecho a la antología es uno del que no todos los escritores gozan), es la de *distancia* en una modulación doble: lejanía o cercanía. Volver a pensar a García Mérou implica otorgarle un *lugar* –que no es el de uno más en el coro– en relación con los *lugares* donde estuvo, los *lugares* donde vivió mucho tiempo (Venezuela, Colombia, Paraguay y en especial Brasil y los Estados Unidos). Para Paula Bruno, la *diferencia* de García Mérou pasa por la *distancia* o por *las distancias*, y eso surge de su vida como diplomático; no como diplomático accidental o eventual sino como diplomático casi *full time*. García Mérou es el argentino que observa su país casi siempre desde la lejanía y que, gracias a esa ubicación distante, puede cartografiar y periodizar la vida intelectual argentina (y, entre otras cosas, no entusiasmarse con las “inquietudes nacionales o nacionalistas” que caracterizan la vida intelectual argentina por lo menos entre 1880 y 1910). Y es también el letrado que, en razón de su permanencia prolongada en otros lugares que no son su patria, puede también escribir diferencialmente, sin caer en el impresionismo, el color local o la banalidad del turista de paso, sobre países como Venezuela, Colombia, Brasil o los Estados Unidos. García Mérou no es *el que pasa* y escribe meras impresiones sino *el que se queda*: el que permanece y reflexiona *in situ*. Ahí, en ese *vivir afuera*, se aloja una clave –y acá tan solo estoy glosando a Bruno– para entender por qué García Mérou tuvo destino de “escritor americano” (en la actualidad, como se advierte en las notas al pie, hay varios académicos brasileños o españoles interesados en su vida y su obra) y no de “escritor argentino” (51).

Por lo demás, la consideración de toda la producción de García Mérou lleva a Bruno a proponer no solo la posible relevancia de buena parte de ella, la necesidad de volver a leerlo y antologarlo, sino también a insistir en la importancia de un libro que, me parece, es el que acertadamente esta investigadora elegiría si tuviera que decidir cuál fue el mayor aporte de García Mérou: *El Brasil intelectual. Impresiones y notas literarias*, publicado en 1900. Bruno lee ese libro como una suerte de intervención diplomática algo fallida: un “puente de palabras entre las dos naciones” (40), el libro donde mejor aparece un García Mérou capaz de articular una perspectiva

geopolítica destacable y que, aunque quizá un poco ingenua, tenía la virtud, no obstante, de no ser el mero eco de la más generalizada y prejuiciosa. En el entresiglo, Brasil era para García Mérou el país que estaba llamado a articular de manera más efectiva la relación entre el resto de las naciones de América latina y los Estados Unidos.

Para terminar, quiero volver sucintamente a esa interrogación sobre la noción de *vida intelectual* que propuse al comienzo y que, insisto, no es una recusación ni mucho menos sino simplemente eso: una interpelación a sus límites o posibilidades. En el cuarto párrafo del texto liminar del libro aparece, casi al pasar, un personaje insoslayable en la vida de Martín García Mérou: su hermano Enrique. Bruno narra en esas primeras páginas los años de adolescencia y primera juventud de García Mérou –el Colegio Nacional de Buenos Aires, la redacción de *La Nación*, los vínculos con Bartolomé Mitre, Manuel Láinez o Miguel Cané– y especifica: “Estos son años, además, en los que la cercanía con su hermano, Enrique, marcó a fuego una relación fraterna y de camaradería que se mantuvo a lo largo de los años. Él se transformó para Martín en confidente, asesor y alguien a quien recurrir ante apuros financieros” (10). Mientras leía este texto sobre la miscelánea y caudalosa producción intelectual de García Mérou realizada al tiempo que se desempeñaba como diplomático no podía dejar de evocar una y otra vez a ese hermano –el miembro de la familia que sí se recibió de abogado– que aparece fugazmente al comienzo: en ese *Theo* de este *Vincent de la diplomacia y de las letras*, en ese hermano que sostiene afectiva y financieramente a Martín García Mérou a lo largo de su vida. Con esa referencia al hermano aparece en el libro, casi como un destello, algo que no es exactamente la vida intelectual de García Mérou. Y esto, que me parece un hallazgo, regresa en el final del prólogo con la postulación de García Mérou como el diplomático que vivió en la carestía: el diplomático que, cual gaucho arriado por la leva para pelear en la frontera, esperaba lejos de la capital de la república o del centro de poder las “retribuciones” (49) que no llegaban.

En el libro de David Viñas sobre los viajeros a Estados Unidos se postula que García Mérou fue alguien que *careció de vida privada* o que la *encubrió*

escrupulosamente (esto último es más atractivo porque filtra en la biografía de este hombre la siempre cautivante vicisitud del secreto). En este libro –no tenía por qué ocurrir– no se corre enteramente ese velo que acaso escondía algo o que acaso no escondía nada (según la doble postulación novelesca de Viñas). Pero una porción de esa vida se entrevé o vislumbra, como entre celajes, en esas “Consideraciones finales”: por ejemplo, un García Mérou que se endeuda para pagar la indumentaria que necesita para acudir a eventos, reuniones y banquetes diplomáticos (49). O un García Mérou que, según entiendo, gasta la plata que no tiene, la plata que no puede devolverle al hermano, en, por ejemplo, reunir en Perú una colección de huacos que donó al Museo de la Plata, y que hoy está desaparecida, o en adquirir cuantiosos libros que hoy, también, como aquella colección de huacos, resultan inhallables en la Biblioteca Nacional (como si hubiera algo del orden de la condena a la invisibilidad en el destino de García Mérou y de sus cosas). García Mérou es así el diplomático sufrido. Por tanto, si de la fórmula de Cané para caracterizar la diplomacia –*fastidio, independencia y soledad*– debemos, para pensar a García Mérou, como propone Bruno en la página final de su estudio preliminar, quedarnos con los dos últimos términos –*independencia y soledad*– y descartar el primero –*fastidio*–, entiendo que además debemos sumar otro, que en este libro se alude varias veces: *pobreza*. La fórmula de Cané sobre la diplomacia, corregida, quedaría entonces así: *pobreza, independencia, soledad*. Trazar la silueta del *diplomático pobre* creo que no es un mérito menor de este nuevo trabajo de Paula Bruno.